



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9117

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—**Provincias.**—Tres meses, 7'50 id.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste rue Cassartín, 61, y J. Jones, Haubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great-Windchester Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECEBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CALLE MAYOR 24.—

!!! CARTAGENEROS !!! ESPAÑA CONTRA FRANCIA. NO ASUSTARSE!

Pues apesar de los nuevos Aranceles, la LEGIA JABONOSA de D. José Ignacio Mirabet, seguirá vendiéndose en Cartagena al mismo precio que hasta hoy, sin temor á las imitaciones que se han introducido en este mercado. Para mayor seguridad, comprarla solo en los establecimientos que se citan en el anuncio permanente que va en la cuartapágina de este periódico, teniendo en cuenta que la LEGIA JABONOSA es de un color algo pajizo, lo que á simple vista ya la distinguen de las demás.

Único representante en todo el reino de Murcia, D. Fernando Giménez de Berenguer, Martín Delgado, 9, pral., Cartagena.

18 DE MARZO DE 1892

CON DE MADRID

17 Marzo de 1892.

El acontecimiento de la semana ha sido la representación en el Teatro de la Comedia de la célebre novela de Pérez Galdós, titulada «Realidad» y reproducida bajo la forma dramática por su mismo autor. En los círculos literarios despertó viva curiosidad la solución del problema, que problema seguramente era realizar en la escena ya gastada y caduca, algo así parecido á la operación médico-quirúrgica que se llama transfusión de la sangre. Los viejos moldes están gastados, reina el marasmo en los teatros que pretenden rendir culto al arte y la animación y el bullicio se distribuyen en los coliseos que, más modestos, solo aspiran á entretener los ocios, á distraer el ánimo y, hacer pasar el tiempo á los que están condenados á todo género de trabajos en este valle de lágrimas con calles entarugadas y alumbrado eléctrico y todos los que se interesan por el arte escénico, deseaban con afán una nueva fórmula y aplaudían á Mario, por haberse decidido á malquistarse con la rutina, aceptando, con los brazos abiertos la transcripción digámoslo así, de la novela al drama. El público ilustrado, los escritores que pueden entregarse á la expansión y al entusiasmo, han aprovechado la ocasión para aplaudir frenéticamente y justamente al insigne novelista español. Pero después de reconocer una vez más que la novela «Realidad» es uno de los estudios más minuciosos, interesantes y perfectos del corazón humano, hay que confesar con tristeza que el problema no se ha resuelto, que el nuevo molde no ha aparecido. En el teatro no cabe la verdad absoluta y gracias á que quepa la verdad relativa. Todo tiene que ser falso, de espíritu, de luz, de sombra. Esas funciones psicológicas tan admirables en el libro, resultan frías, incolores, estériles en el escenario, donde no se hace nada para reflexionar, donde todo se hace para la ilusión.

Si en Francia han alcanzado éxito las novelas convertidas en comedias ó dramas, se debe á que los novelistas las han entregado á los autores dramáticos, las que sin piedad contra sus propios principios, han cortado por donde mejor les ha parecido. Pero entre nosotros y mirándonos por ello apesados, Pérez Galdós ha querido, conservando en toda su pureza la novela, estudiar el efecto que alcanzaba en el público.

El «monstruo» y la «flor» como han dado en llamarla en estos días y que, sin embargo es la más bona-

chón y excelente que existe, busca en el teatro la emoción, pero no la emoción individual, no la impresión que experimenta cuando está solo delante de un libro ó cuando escucha su lectura en un círculo muy reducido; en el teatro, forma parte de un todo, es un nervio que corresponde á todo un sistema nervioso. Además tratándose de la obra á que me refiero, la mayoría de los espectadores la conocían, se la sabían de memoria. Los personajes aquellos los habían visto de carne y hueso, gracias al vigoroso estilo de su creador y al pasar desde el libro á la escena, los halló tan cambiados no objetiva sino subjetivamente, que casi puede decirse que no los reconoció.

La tentativa ha sido muy plausible y es de esperar que siguiendo el camino trazado, lleguemos por fin á encontrar la fórmula nueva que con tanto afán se busca.

Además la representación ha dado lugar á un acto de justicia porque, en efecto, los aplausos entusiastas que se han tributado á Pérez Galdós no han sido solo por su obra «Realidad», sino por todas las que ha escrito y que habrán de immortalizar su nombre.

Otra novela pero en acción y sin haberla pensado sus autores, aunque si premeditado, se desarrolló la otra noche en los alrededores de un bazar y está llamada, según cuentan á asemejarse á las célebres novelas de Ponson du Terrail, que de cada una solían nacer tres ó cuatro y á veces más.

Parece ser que una señora muy bella y muy distinguida, notando que un caballero muy elegante la seguía, se metió en un bazar adonde la siguió el caballero y, permaneció examinando los escaparates y los mil objetos que se exhibían, hasta que llegó la hora en que por cerrarse el establecimiento tuvo que salir á la calle.

El caballero, que se había adelantado, la esperaba y la señora juzgó sin duda que su perseguidor se había cansado y salió, al parecer, tranquila, cuando de pronto oyó una voz que la llenó de improperios, reconoció en el dueño de aquella voz al caballero elegante y poco después el caballero dejó de serlo puesto que la escupió en el rostro y la dió unos cuantos bastonazos.

Un gran capítulo para primera entrega, porque vayan ustedes á averiguar los motivos de aquel acto salvaje.

Según indican los periódicos la señora ofendida pertenece á una elevada clase y son varios los paleólogos que pedirán cuenta de su conducta al que no vaciló en castigar á una bella como pudiera haberlo hecho á pa rruán cualquiera.

Pero, al fin y al cabo, debemos presumir con el padre Coloina que todo esto no son más que «pequeñeces.»

JULIO NOMBELA.

LA MADRE ESPAÑOLA

IV

Cuando un español se presenta en un comercio de París, queda atónito al ver en todos los escritorios y cajas una señorita que anota y escribe con facilidad summa, lo mismo sentada que de pie.

Esto le deslumbra, y exclama «aquí sí que la mujer está bien educada.» No dice mal, pero mejor diría: «está bien instruida.»

Ante tal vista se admira y entusiasma por Francia y por la mujer francesa. ¡Ay de él si no pensaría así si, en vez de visitar París durante ocho días de paseo, lo conociera á fondo.

También le sorprende agradablemente el ver tantas oficinas y bancas desempeñadas por elegantes señoritas, tantas cervicerías servidas por mujeres estudiadamente vestidas, tantos museos cuajados de señoritas dibujando al óleo, tantas señoritas con grandes carteras y carpetas debajo del brazo. Da un brávo á la emancipación de la mujer al verla subir y bajar por numerosos tranvías y omnibus sin hacerlos detener y que aun en los cafés y salones de billar entrando y saliendo solas ó con sus compañeras de oficina ó de normal, echan algunas partidas de billar con la desenvoltura y acierto de un joven estudiante.

Efectivamente aquello llama la atención y sorprende ante la parsimonia de nuestras costumbres y excita la curiosidad.

Mas ¡ay! si quedara viviendo en París, pronto, muy pronto sentiría levantarse en su pecho un impulso de repugnancia mezclado de compasión para con aquellas infelices, al saber que, si las sacan de la oficina, ninguna de ellas sirve para hacer feliz á un hombre, para ser madre de familia.

Podrán aceptar un compañero de vida para gozar de sus rentas y echarle una botella de vitriolo en la cara cuando trate de dejarlas, ó abandonarle por otro que les dé más; pero ninguna de ellas ama las cargas de un hogar, ninguna es capaz de entrar en la cocina y ni siquiera hacer un chocolate. La idea de formar familia les asusta porque no conocen el aseo, no saben coser, ni zurcir, ni pegar un botón, ni cuidar de un enfermo y las reglas metódicas para asistirle las desconocen, ya porque no respiraron aires y costumbres de familia, ya porque allí se van tan tranquilos al hospital como nuestras mujeres á la casa propia.

Si una de aquellas infelices mujeres pierde el empleo está perdida, porque allí á la mujer, ilustrada como es, se la hace una máquina automática: ¿se empleó de jovenita en hacer corsés, por ejemplo? no la saque de ello, pues no sirve para la más insignificante de las costuras; ¿se empleó de jovenita en envolver pastillas de jabón? para nada más sirve, ni para fregar platos, porque jamás los vio en su casa; ¿se empleó desde el colegio en telegrafista? pues no la encarguen en hacer un traseco, porque ni saben como se corta, se ocupa en vender en el mostrador?

pues no la ponga á ama de llaves ni madre de familia porque acostumbrada en un cuartito de soltero no conoce el ajuar ni la manera de atenderlo. Lo más sabe admitir una compañía, beber y divertirse con ella, pero no cuidarla.

Eso sí, es festiva, alegre, divertida mientras hay dinero; si éste falta, y no halla más, con la intriga ó comercio propio, lo acepta todo, aun el crimen y en último resultado el suicidio.

Tal educación literaria, abstracta, árida, descuidando la cultura de las otras facultades y dotes características de la mujer, disminuye la población francesa, disminuye las madres, produce poquismas, pero produce viragos, madres monstruos. No hay más que consultar las estadísticas.

Desengañémonos: La emancipación de la mujer no consiste en quitarle la maternidad, porque es una misión ineludible para ella, por natural. Ilústrese enhorabuena su inteligencia, que mucho lo precisa para ser buena madre, pero no para ser política, escéptica, virago y monstruo, en vez de la compañera dulce y fiel del hombre, el faro y ángel del hogar. Pero precisa más cultura que la intelectual; ella tiene corazón como el hombre y, como á éste, precisa también cultura moral. Y así como el hombre necesita la cultura manual de un arte, oficio, industria, ó le basta la intelectual de una carrera para cumplir su deber de sostener el hogar y regir la sociedad, así la mujer precisa la cultura manual de su sexo para cuidar, hermopear y administrar el hogar.

Francia tiene un sistema de enseñanza literario bueno, vasto, igual para el hombre que para la mujer, lo aplaudimos. Pero es inaceptable é inconveniente. Los resultados lo evidencian.

Es inaceptable porque, si bien se cultivaba plausiblemente la facultad intelectual, se olvida en cambio la cultura de la facultad moral ó sea el corazón humano, lo cual presenta á cada momento horripilantes criminales de 14 años al verdugo para que con la guillotina haga saltar sus tiernas cabezas y entregue miserables pervertidos de ambos sexos, de 12 y 13 años, para que pueblen los presidios.

MODESTO MARTÍ.

(Continuará)

COLABORACIÓN INÉDITA.

PARÉNTESIS

No hay nada más confuso que la crítica teatral, según se entiende y practica en España, y en Madrid, especialmente.

El lector que quiera formar juicio cabal y exacto de una obra dramática, por lo que en las críticas lea, muy difícilmente podrá conseguir su objeto. Porque de la obra de Galdós, «Realidad», recientemente estrenada en la Comedia, hay tantas opiniones como críticos, más ó menos exponentes.

Quién la juzga digna del propio Shakespeare; quién juzga que ha sido una equivocación de Galdós meterse á autor dramático, quién dice que sí, que no y qué sé yo, y quien queriendo decir mucho no dice nada.

Hay, pues, que ver la obra para formar juicio propio. Lo que si no tiene duda es que por inexperiencia del teatro, ó por lo que sea, Galdós como autor no se ha colocado á tan gloriosa altura que como novelista.

En este último concepto ¿quién discute á Galdós? Todo el que entiende el castellano admira el singular talento, la fina observación, el lenguaje castizo, correcto y ágil del autor de «Maricán». Pero estas relevantes condiciones del novelista, son quizá las menos señaladas; ¡qué digo especial! son accidentales en el

autor dramático. El arte de mover las figuras, que se dice en el argot de bastidores, requiere condiciones especialísimas que Pérez Galdós no tiene... por ahora.

La novela ofrece una grande libertad al artista para la presentación de personajes, para el desarrollo del plan, para la preparación del desenlace. La obra escénica, aunque rompa en cuanto pueda romperlo el rigorismo de las tres unidades de lugar, acción y tiempo defendidas y practicadas por Moratin, no puede, sin embargo, prescindir de estas que serán trabas para el genio, pero que constituyen el indispensable marco de la obra escénica.

Si; el «manejo de las figuras» es uso difícil.

Se dice que Sardon rodea una acción, á veces sencilla, de porción de incidentes y episodios. Es verdad. Pero en las obras de Sardon la acción principal serena, se sigue y se desarrolla en todos los actos que la obra tenga. Y en «Realidad» la abundancia de episodios y de personajes y hasta actos, como el tercer, perfectamente inútiles, perjudican el buen desarrollo del drama; porque el interés, la verdadera acción dramática, desaparece hasta el cuarto acto... y la obra tiene nada menos que cinco.

Hay quien califica de profanación ó cosa semejante el poner reparos á la obra dramática de Galdós. Y es que aquí, entre el vulgo ilustrado, que es el peor de los vulgos, la adopción de las reputaciones, aun siendo tan legítimas como la de Galdós, parece como que concluye y proscriba la seriedad del juicio, la frigididad del análisis y la simple expresión del sentido.

¿Que para qué? ¿Que Pérez Galdós sea el primero, quizá de las novelas españolas, para que como autor dramático no sea, por ahora el primero, ni el segundo, ni el tercero... ni el cuarto? ¿Es que Pérez Galdós, valiéndose, como vale muchísimo, va á tener el don de la omnisciencia? ¿Es que si como le ha dado por hacer un drama le hubiera dado por escribir una ópera también habríamos de compararle con Wagner ó Rossini, como alguien le ha comparado con el famoso autor de «Hamlet»?

Los aduladores son siempre perjudiciales. Y esos que ahora aleban descomedidamente á Galdós, por lo que Galdós mismo repata, que no es otra cosa que su primer ensayo, presumiendo tributarle el mayor de los honores, ¿influyen en más injustificada de las oídas. Porque tratando ahora la colección de los objetivos encomendados, ¿quién dejan para cuando Galdós escriba otro drama, que indudablemente ha de ser mejor que «Realidad»? ¿O es que creen á Galdós incapaz de producir nada mejor que la obra referida?

Yo que reconozco á Galdós como novelista; que desoigo los aplausos nacionales, sobre todo, es de lo más hermoso que se ha escrito en castellano; que tengo con él hasta afinidades políticas; que he tenido muchas ocasiones de tratarle y siempre me he esquivado para no pararme á respetar; yo que le venero, repito, como novelista, creo que si talo, y como talo lo digo, que no se le pueda comparar como autor dramático con Shakespeare, ni con Calderón, ni con Tamayo, ni con Echegaray... hoy por hoy. Lo que quiere decir que nada podría de pensarse que, cuando el tiempo ó el interés con otros dos últimos dramáticos contemporáneos.

Y ustedes, señores, señores, el caso que digo es que yo pienso que una pensara. Pero la verdad es que yo pienso que un camino.

CALIXTO HALLEROS.

Madrid 18 Marzo.